3 1761 09545811 3

A CARA O CRUZ

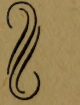
PI5362a

Selección Pueyo. Tomo I.

A. PALACIO VALDÉS

A cara o cruz

NOVELA



237951.
28.11.29.

EDITORIAL PUEYO, S. L.
ARENAL, 6, MADRID

ES PROPIEDAD

DE AQUELLOS mis antiguos amigos y conocidos del Ateneo y la Cervecería Inglesa, con quien más me complace tropezar es con Julio Samper.

Le hallé ayer tarde en el parque del Retiro: estaba sentado en uno de los bancos de madera y tenía el sombrero en la mano.

Inserto este detalle insignificante,

no a título de color local, sino para dejar establecido que hacía calor.

Samper es hombre de mucho ingenio y un autor fracasado. Empezó por la crítica y llegó a adquirir algún renombre y hacerse temible, porque tiene talento, cultura, gusto y estilo. El demonio le tentó, sin embargo, al cabo, y tuvo la infausta ocurrencia de escribir un drama.

¡Aquí fué Troya! El drama no era bueno; pero sus muchos enemigos lograron que pareciese horrible al público. Digo, pues, que fué espantosamente silbado. Luego, buscando el desquite, publicó un tomo de versos. Éstos, que tampoco eran buenos, fueron silbados en secreto,

esto es, nadie los compró. Despechado dejó de escribir, y esto es lo mejor que se puede hacer cuando no se tiene el sistema nervioso bien equilibrado y una tía vieja le ha dejado a uno bastante con que vivir.

La conversación de Samper es de lo más divertido que cualquiera puede figurarse. ¿Cómo un hombre tan ameno ha podido escribir dramas y versos tan soporíferos? El mundo literario está lleno de contradicciones. Verdad que al atractivo de su palabra contribuye, en gran manera, la mímica. Samper tiene un talento portentoso para imitar la voz, los gestos y ademanes de las personas que quiere representar. Además es

feo y sabe sacar partido de su fealdad. Opino que ha errado la vocación. Hubiera hecho un gran actor cómico, pero nunca me he atrevido a decírselo.

—¡Atraca, canalla!—me gritó al verme—. No es hora de trotar como jumentos, sino de reposar como cristianos.

Me senté a su lado, me enteró de su salud, él se enteró de la mía, y hablamos pestes de los últimos libros publicados. Cuando nos hartamos (pues hasta las cosas más dulces fatigan), le pregunté:

—Tú estás casado, ¿verdad?

—Sí, estoy casado.

—¿Por segunda vez?

—No, por primera.

—Pues me habían dicho...

—Es decir, legalmente me casé dos veces; pero moral y materialmente me casé una sola.

—¡Explícame eso!—le dije riendo.

Guardó silencio unos instantes.

—Para explicártelo necesitaría contarte la historia de mi matrimonio y es tarea larga... ¿Tienes prisa?

—Ya lo creo que tengo prisa..., ¡por oirte!

—Pues escucha mi historia privada, puesto que la pública ha trascendido ya a todos los países extranjeros. No empezaré generalizando, como nuestros antiguos y venerables catedráticos de la Universidad. Te

diré en concreto, que hace algunos años yo no tenía una peseta.

—Lo sabía.

—¡Ah!, ¿lo sabías? Es natural; los pormenores más íntimos de los grandes hombres no pueden quedar en la oscuridad. Pues bien, como no tenía una peseta vivía desastrosamente en una fementida pensión de la calle de Jardines, durmiendo, como cuenta la tradición de San Alejo, debajo de la escalera, cuya pensión pagaba con intermitencias, porque con intermitencias me pagaban los artículos en el periódico. Pero la Providencia, que había tomado en serio no hacerme perecer de inanición, me deparó una tía, vieja y rica.

La Providencia tiene de vez en cuando felices invenciones, y una de ellas fué ésta. No obstante, antes de llegar a la bienaventuranza he debido padecer muchas y duras pruebas, cual si Dios quisiera purificarme de los malos dramas y versos que en la tierra hice. Porque esta tía era, sobre toda ponderación, impertinente, gruñona y enferma. Su dulce manía era la terapéutica. Tenía todas las enfermedades descritas en los libros de medicina y algunas más de su invención particular. Adoraba la farmacopea, lo mismo la española que la extranjera; tomaba de vez en cuando el Viático y la Extremaunción por coquetería. Excuso decirte que yo

alentaba esta pasión, esperando sacar de ella el fruto apetecido. Siempre que mis recursos lo consentían le llevaba algún frasco con un nuevo específico, que ella recibía siempre con espasmos de alegría, como una niña de diez y seis años a quien regalasen un ramo de camelias. Me dirás que esto era ser un reptil. No hay que dudarlo; era un reptil inmundo. ¿Pero es que iba a dormir toda la vida debajo de la escalera como San Alejo?

Esperaba, pues, confiadamente que estos productos químicos me librasen al cabo de dicha escalera. Pero ¡oh, desengaño amargo!, un día supe por la criada que todas las re-

cetas del médico y todos mis específicos iban derechos a la alcantarilla. Mi tía era una mujer sin cultura, pero muy profunda. Esta traición acibaró mi existencia. Al cabo, como todo el mundo se muere cuando llega la hora, con química o sin química, mi tía entregó su alma a Dios y su cuerpo a la tierra una fresca mañana de primavera.

Sin pérdida de tiempo fuí a instalarme en el hotelito de mazapán, donde habitaba, en ese sitio absurdo que llaman la Prosperidad. Después de arreglar la cuestión de la herencia pasé un mes sin hacer otra cosa que darme tono de propietario, fumando y bebiendo copitas de cognac en el

jardín. Conservé a la criada de mi tía y tomé un secretario particular. ¿Sabes a quién hice mi secretario? ¿Te acuerdas de aquel Peña que asistía con nosotros a la Cervecería Inglesa, siempre con la camisa sucia, porque, según decía Luis Taboada, no daba las camisas a lavar, sino a ensuciar? Pues ese pobre Peña, empleado en una casa de comercio de la calle Mayor y cuya única ambición en este mundo era tomar café con nosotros y publicar algunos versos en la *Ilustración Española* (que nunca llegó a realizar), se hallaba en aquella época en una situación lamentable. A pesar de ser un concienzudo empleado y llevar los libros

del comercio perfectamente, su principal, en cuanto se enteró de que hacía versos, le puso de patitas en la calle. No encontró colocación; agotó sus últimos recursos; le arrojaron de todas las casas de huéspedes; dormía en un portal, donde el portero, caritativo, le dejaba recogerse por la noche; tomaba puñados de bicarbonato para apagar el hambre. Así le encontré un día y le propuse hacerle mi secretario. Aceptó el empleo con lágrimas de agradecimiento.

—¿Qué debo hacer?—me preguntó.

—Versos—le respondí.

—¿Cómo versos?—replicó estupefacto.

—Sí, versos. De ocho de la mañana a doce. Después de almorzar, puedes hacer lo que quieras hasta las once de la noche, que vendrás a buscarme al Café Suizo para retirarnos juntos.

Yo no pude menos de reír, exclamando:

—¡Qué original eres, Samper!

—¿Pero en qué le había de emplear? Yo no tengo negocios y escribo una carta cada dos meses.

Entró, pues, a mi servicio y llenó religiosamente su cometido. Hasta su muerte, acaecida hace poco más de un año, logró componer nueve kilos de versos, que guardo con todo esmero en legajos y pienso dejar en

testamento a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Dentro de doscientos años, y reclamado por los eruditos, seguramente se imprimirán a expensas del Estado.

Mi vida comenzó a deslizarse dulce, serena, majestuosa, como la de un dios.

CERCA de mi casa (y aquí da comienzo la historia de mi matrimonio) habitaba un gigante llamado Salcedo, don Macrino Salcedo. Ocupaba un hotelito mucho más pequeño que el mío, con ser éste muy pequeño, rodeado de un jardín proporcionado a su pequeñez. Cuando los transeuntes le veían salir de su casa se miraban sorprendidos. No

comprendían cómo aquel hombre podía permanecer toda la noche en ella sin romperla por algún sitio. Yo imaginaba que si algún día se declara un incendio en el hotelito, don Macrino sería capaz de apagarlo ejecutando sobre él la misma operación fisiológica que Gulliver puso en práctica para extinguir el incendio del palacio real de Liliput.

No recuerdo cómo le conocí. Me parece que fué con ocasión de pagarle el tranvía, porque no llevaba moneda suelta y el cobrador tampoco. ¡Cuántas amistades se anudan en Madrid por este hecho de pagar el tranvía! También se hacen fortunas. Aquel Zurita, que habrás co-

nocido en el Ateneo y que pronunciaba vehementes discursos en las juntas generales a propósito del carbón de las estufas, por diez céntimos pagados en el tranvía se casó con una jamona muy rica y hoy tiene coche.

Lo cierto es que trabé amistad con Salcedo, que le fuí a visitar a su casa alguna vez y que él vino muchas más veces a visitarme a la mía. Tenía bastante más edad que yo, unos cuarenta y cinco años, y estaba empleado en el Ministerio de Hacienda. Era bien educado, afable y cortés, como lo son casi siempre los hombres de prócer estatura. Los únicos salvajes benévolos, afectuosos

y confiados que halló Darwin en su viaje alrededor del mundo, fueron los famosos gigantes patagones, los hombres más corpulentos de la tierra.

La rectitud de su juicio, su palabra grave, reposada, la extraordinaria firmeza de sus opiniones me hicieron su compañía grata en un principio, pero concluyó por fatigarme. Don Macrino era demasiado razonable. Con la razón pasa, querido amigo, como con los merengues; no se llega al séptimo sin sentir náuseas. Pues bien, yo llegué pronto a echar a don Macrino por las narices. Después de la estupidez, nada encuentro más aburrido que la sensatez.

Este gigante sensato tenía una esposa chiquitita e insensata. La estatura de esta señora era corta, muy corta. Quedaremos en que era una enana. Dime, amigo, ¿por qué los hombres gigantes se casan de tan buena gana con las enanas, y las mujeres altas no tienen inconveniente en unirse a un tarugo?

—Los fisiólogos hablan de contrastes, compensaciones, intereses de la especie etcétera...

Pues bien, doña Rosario, aunque tan menudita, tenía más hígados que su marido. Esto, por lo menos, se propalaba en el barrio. Mi cocinera narraba a este propósito infinitos cuentos a Peña, y éste me los

encajaba a mí. Decían que doña Rosario ataba tan corto a don Macrino en cuestión de dinero, que no le daba más que una peseta cuando iba a Madrid; de tal modo, que el pobre hombre, cierto día, a la vuelta, no pudo pagar el tranvía a unas señoras vecinas. Contaban igualmente que, cuando cometía alguna falta, le castigaba haciéndole dar cera a los pisos y limpiar los cristales; y cierta noche, por no haber llegado a la hora señalada, no quiso abrirle la puerta y se vió precisado a pernoctar en casa de un amigo.

Me resistía a dar crédito a toda esta chismografía, porque sé de antiguo cuánto crecen las habladurías

al pasar de una boca a otra. Sin embargo, las pocas veces que tuve el honor de hablar con aquella señora no quedé gratamente impresionado. Sus ojos eran imponentes, y aunque se esforzaba en dulcificarlos, difícilmente lo conseguía; se clavaban de modo tan insistente y altivo, que no era posible sostener largo tiempo su mirada. Como yo no tenía interés alguno en sostenerla, procuraba, dentro de la cortesía, evitar su encuentro.

Mis entrevistas con Salcedo se efectuaban casi siempre en el jardín, sentados en un banco. Claro está que si don Macrino extendiese las piernas tropezaría siempre con los

muros de su casa; pero al fin nos hallábamos libres de los ojos de doña Rosario, y si hablábamos en voz de falsete, también de sus oídos.

Cierta mañana en que Salcedo, dulcemente impresionado por el esplendor de la luz, el canto de los pájaros y el rumor de la brisa, se mostraba efusivo hasta el punto de que, olvidando su gravedad y su estatura, me narró prolijamente la conquista, por él realizada, de la esposa del jefe de su Negociado, no sin meterme la boca por el oído y dirigir miradas de espanto a las ventanas del hotelito, me propuso de pronto lo siguiente:

—Amigo Samper—me dijo son-

riendo con increíble benevolencia y posando su mano poderosa sobre mi hombro—, ¿quiere usted que echemos hoy una cana al aire? Tomamos el tranvía, nos dirijimos a la Bombilla y allí almorzamos mano a mano un *beefsteak* con patatas sopladas, unos riñones al jerez y unos langostinitos, salpicado con una botella de Rioja. Después de tomar café nos vamos *pian piano* a la Casa de Campo y nos damos un paseíto higiénico. Al caer la tarde volvemos a Madrid, bebemos un bock de cerveza en el Oriental y a casita... ¡Eh! ¿qué le parece a usted el programita?

—¡Admirable!

—Pues a ello.

Entróse Salcedo en su casa a cambiar de calzado y a prevenir a su esposa, y yo le esperé tranquilamente sentado en el jardín. Pero esta tranquilidad se trocó al poco tiempo en sobresalto, cuando acerté a oir la voz aguda de doña Rosario, aunque sin percibir claramente su discurso. A mis oídos llegaron sólo algunas palabras sueltas nada melífluas... "¿Juerguecita, eh?... ¡Badulaque!... ¡Viejo verde!" Eran las notas estridentes de un violín mal tocado, al cual respondía el contrabajo de don Macrino, con sonidos profundos, cavernosos, entre los cuales nunca pude percibir frase alguna.

Yo estaba un poco corrido y ya

me disponía a retirarme en silencio de la morada de Salcedo, cuando apareció éste de nuevo en la puerta, con paso vacilante, los ojos turbados y las orejas coloradas.

—Sabe usted, amigo Samper..., Rosario se encuentra un poco delicada..., y por otra parte, ahora recuerdo que hoy no puedo faltar a la oficina de ningún modo.

—Nada hay perdido, amigo Salcedo. Yo tampoco ando bien hoy del estómago y un pequeño exceso pudiera hacerme daño.

Don Macrino vió el cielo abierto. Agradeció enormemente mis palabras y se mostró conmigo tan efusivo y cariñoso, que me costó tra-

bajo reprimir la risa. Saqué la petaca, le ofrecí un cigarro y nos pusimos a departir amigablemente como antes.

Como sabes que soy malintencionado, hice que nuestra conversación viniera a parar al feminismo. Comuniqué a don Macrino las últimas noticias acerca de este tema interesante. Las mujeres ganaban terreno en todas partes, en Rusia, en Inglaterra, sobre todo en los Estados Unidos.

—¿Pero qué es lo que piden las mujeres?—preguntaba Salcedo.

—No piden; exigen.

—Bueno, ¿qué es lo que exigen?

—Que se les conceda el voto,

para elegir y ser elegibles, como nosotros, los representantes del país.

—Eso no es serio, amigo Samper. Las mujeres nada entienden de política y menos de administración. A mí, que soy hombre, me ha costado cinco años de trabajo, cuando estuve empleado en Fomento, el enterarme por completo del ramo de siniestros marítimos, y más de tres la tramitación de los expedientes de minas.

—Pues ellas afirman que todo eso es falso y que son tan capaces o más que nosotros, no sólo para dirigir una oficina, sino para administrar un Municipio y ponerse al frente de un Ministerio.

La faz de don Macrino se contrajo con una sonrisa de lástima.

—Dejemos esas locuras, amigo Samper—profirió haciendo ademán de barrerlas.

—No es posible dejarlo, porque constituye ahora el problema más candente.

—¡Pero no comprende usted, mi querido amigo, que la capacidad mental de la mujer es inferior a la del hombre, que su carácter es débil e irresoluto, que es inconstante en sus opiniones y frívola en sus instintos, que por ley de Dios y de la naturaleza está destinada a ser dirigida, a obedecer y no mandar!

—Ellas no quieren comprender

semejante cosa, y juran que han de obtener el voto, o la especie humana concluirá el día menos pensado.

—¿Entonces habrá diputadas y senadoras?—preguntó don Macrino con sonrisa mefistofélica.

—¡Ya lo creo! El Parlamento de Finlandia cuenta hoy con cinco diputados femeninos.

—¿Y cualquier día pondremos al frente del Ministerio de Hacienda a una bella señorita?

—Nada más posible. Verá usted... *(Te confieso que aquí comencé a faltar descaradamente a la verdad).* En el Canadá, no sólo hay médicos mujeres, sino también abogados y procuradores, y se dice que

pronto formarán parte de los Tribunales de Justicia. En los Estados Unidos existen actualmente en los Municipios más concejales hembras que varones; el jefe de la policía en Filadelfia es una mujer, y lo mismo el director general de Comunicaciones. Por fin, uno de los Estados confederados acaba de nombrar gobernador a miss Celsa Smith, que estaba al frente del Sindicato de modistas de Cleveland.

Salcedo, estupefacto, permaneció unos instantes con la boca abierta. Luego se llevó las manos a la cabeza, y exclamó consternado:

—¡Qué escándalo! ¡Las mujeres gobernando a los hombres!

PUES como éste hay muchos antifeministas, amigo Samper, que viven esclavos de las mujeres y se consuelan imaginando que son los señores.

—Exactamente; se consuelan de las afrentas que reciben leyendo el Código Civil... Pero vuelvo a mi cuento. Por fin, a los pocos días se efectuó la proyectada excursión. Ignoro cuántas y repugnantes humi-

llaciones le habría costado obtener el permiso de doña Rosario, pero al fin lo obtuvo. Con la faz resplandeciente y atusándose los bigotes con ambas manos, don Macrino me comunicó que "había decidido" fuese el jueves cuando almorzásemos en la Bombilla.

—¿Doña Rosario está ya buena? —le pregunté.

—Sí, sí..., completamente bien— me respondió poniéndose un poco colorado.

Antes de las doce montamos en el tranvía. Don Macrino iba tan contento que ofreció un cigarrillo al cobrador y le preguntó si llovería. En la Bombilla nos dirigimos al res-

taurant que nos pareció más elegante y don Macrino llamó al mozo, le ofreció un cigarrillo como al cobrador del tranvía y le preguntó por la familia. Luego vino la confección del *menú*, que fué larga y laboriosa, pero llena de cordiales explicaciones y de entusiasmo.

Una vez puesta la mesa en un apartado rincón de la sala, don Macrino se despojó de la levita alegando que tenía mucho calor. No halló esto correcto una pareja de jóvenes que comían en el rincón opuesto. Parecían dos novios o recién casados. El joven sonreía mirando con ojos insolentes a don Macrino, pero la damisela hacía gestos de disgusto,

pinchando con energía los trozos del *beefsteak*.

Cual si le hubiesen dado cuerda, así que introdujo en la boca una ostra y la empujó con un trago de vino, Salcedo no dejó ya de hablar y de engullir mientras allí estuvimos. ¿De qué hablaba? ¡Qué sé yo! Tiempos universitarios, conquistas de mujeres, desafíos, etc. Se hallaba en un estado tan feliz, que llamó al mozo y le preguntó si había por allí algún chico que tocase el piano mientras almorzábamos. El mozo nos trajo un niño de diez o doce años; don Macrino le dió una peseta y el pianillo dejó escapar las notas alegres de una polka.

La dama, a quien había ofendido despojándose de la levita, halló ahora muy delicado este rasgo y expresó su satisfacción llevando el compás de la polka con la cabeza.

Don Macrino me dijo al oído que aquella señora o señorita era una real hembra: de buena gana bailaría con ella. Como la mirase con sonrisa maliciosa al decirme esto, su joven acompañante dió señales de molestia y clavó en Salcedo sus ojos agresivos; pero éste sin darse cuenta de ello siguió dirigiendo a su bella compañera miradas de sátiro.

—¡Eh, señora! Es bonita la polka, ¿verdad? ¿Quiere usted que demos una vueltecita?

Quedé aterrado. El joven se alzó de la silla como movido por un resorte y vino hacia nosotros echando fuego por los ojos.

—¿Qué palabras son esas, caballero? ¿Quién es usted? ¿Con qué derecho dirige usted la palabra a mi esposa?

—¡Ah!, ¿es su esposa?—respondió don Macrino riendo—. Pues ha tenido usted muy buen gusto. Ella, con franqueza, no lo ha tenido tan exquisito.

El joven rechinó los dientes, le miró en silencio unos instantes y dijo al cabo con rabia concentrada:

—¡Es usted un imbécil!

—¿Qué decía usted?—preguntó

don Macrino sonriendo y alzándose de la silla.

Su grandiosa estatura dominó talmente la del joven que éste, sobrecogido, vaciló un momento; pero dijo al cabo valerosamente:

—A mí no me asustan los gigantes. Es usted un imbécil.

Don Macrino le echó mano a la nariz, le sacudió unas cuantas veces como si fuese un muñeco de cartón y le arrojó luego contra la pared; todo esto sin dejar de reír.

Gritos de la señora, blasfemias espantosas del joven, que echó mano a un cuchillo de la mesa, carreras de los mozos que acudieron a sujetarle, carcajadas de don Macrino.

Yo juraba interiormente que jamás almorzaría otra vez con un hombre que se emborrachaba con media botella de Rioja.

El joven, sofocado por la ira y la vergüenza, pagó su cuenta, y tomando del brazo a su señora se marchó lanzándonos miradas furibundas y vomitando terribles amenazas. Don Macrino le hizo un gracioso saludo con la mano.

—Es lástima que esa señora no haya querido bailar conmigo... Porque yo he sido un famoso bailarín en mi tiempo, ¿sabe usted, Samper? Cuando en el salón del Ayuntamiento de Simancas me ponía a bailar el vals corrido con la hija del

administrador de Correos, no había ojos más que para nosotros. Las mismas parejas que bailaban se detenían para contemplarnos... No es cosa fácil el vals corrido, ¿sabe usted? Es necesario mantener las piernas rígidas y al mismo tiempo flexibles..., así..., vea usted.

Don Macrino se levantó y se puso espatarrado en medio del salón. Luego, dirigiéndose al chico que tocaba el pianillo:

—¡Eh, niño! ¿Hay algún vals en ese piano? Tócalo.

El chiquillo hizo sonar un vals, y Salcedo, con las piernas en horquilla comenzó a dar rápidas vueltas por la sala arrastrando los pies.

Acudieron al ruido los mozos y el propietario y la encargada del mostrador. Todos rieron, pero con discreción, porque imponía respeto la estatura de don Macrino, y ya habían sabido hacía poco cómo gastaba las bromas aquel gigante.

Yo estaba más corrido aún que el vals de Salcedo.

Al fin éste se sentó muy sofocado y tosiendo, encendió un cigarro y dirigió una mirada oblicua a los espectadores de la puerta, que se apresuraron a retirarse. Quedó tranquilo y serio, llamó al mozo, pagamos nuestra cuenta y salimos del restaurant pacíficos y silenciosos.

Don Macrino no parecía el mis-

mo. Seguimos a paso lento la avenida de la Moncloa hacia la estación del Norte, atravesamos el puente del Manzanares, y mostrando nuestra tarjeta penetramos por la puerta enrejada de la Casa de Campo.

Caminamos en silencio largo rato. De pronto, don Macrino me dice:

—Oiga usted, Samper, ¿será cierto que cuando a un hombre le cortan la cabeza, todavía sigue pensando algunos segundos? Un ingeniero francés que conocí en Málaga, me refirió que había visto a un guillotinado mover los ojos y sonreír.

Me pareció intempestiva y necia aquella pregunta y le respondí de mal humor.

—Como no me han guillotinado hasta ahora, ignoro lo que a uno le acontece después que le cortan la cabeza.

—Yo quisiera saberlo.

—Pues no tiene usted más que hacer el ensayo. Se va usted a París, asesina usted a una vieja, le procesan, le condenan a muerte, se niega usted a pedir el indulto, y un día en las primeras horas de la mañana, ante un numeroso y respetable público, cae sobre su cuello la cuchilla fatal y se entera de lo que desea saber.

Salcedo no replicó. Permaneció unos instantes pensativo y al cabo dijo con toda formalidad:

—¡Quién sabe! Quizá algún día me decida a hacer la experiencia.

Yo solté una carcajada, pero él siguió muy serio.

Habíamos dado la vuelta y nos acercábamos nuevamente al gran estanque próximo a la entrada. Don Macrino, que guardaba obstinado silencio, me preguntó si yo pensaba que los astros estaban habitados. Le dije que había encontradas opiniones entre los astrónomos y le hablé de un libro muy curioso que yo poseía tratando de este problema. Me pidió que se lo prestase y le prometí enviárselo al día siguiente. Cuando llegamos a la orilla del estanque, me propuso que nos sentásemos para

reposar un poco antes de salir del parque.

En verdad que era grato el reposo en aquella hora, en tan ameno sitio y después del largo paseo que habíamos dado. Salcedo volvió a mostrarse jovial. Conocía la historia de la *Casa de Campo* como la de los demás sitios reales. Su padre había sido empleado del Palacio y todo lo que a éste se refería le interesaba y lo había estudiado. Me habló largamente de estas casas de placer, me refirió anécdotas y me hizo saber pormenores muy curiosos. En un momento de silencio quedó pensativo y una sonrisa feliz vagó por sus labios.

—¿Qué diría usted, Jiménez, si yo le tirase al estanque ahora mismo?

—Diría que había hecho usted muy mal.

— Sería gracioso, ¿verdad?... ¿Cómo haría usted?... Así. ¡paf, paf!..., soltando el agua por narices y boca.

Y al mismo tiempo, riendo a carcajadas, agitaba los brazos como un hombre que se ahoga.

La broma no era ingeniosa, aunque don Macrino así lo creyese.

—¿Y diga usted, el rey Felipe V salía todas las tardes de caza hacia el Pardo?—le pregunté para desviar la conversación.

—Indefectiblemente con la corte

de palaciegos y servidores, los monteros, los ojeadores y la jauría.

Siguió hablando con lujo de pormenores acerca de este asunto; yo le escuchaba con placer. Pero otra vez se detuvo, asaltado por un pensamiento, y volvió a reír a carcajadas.

—La verdad es que sería chistoso verle a usted luchando para no ahogarse... ¡paf, paf!, haciendo así con las manos y pidiendo socorro.

Don Macrino parecía encantado de su idea, imitando los movimientos desesperados de los que caen al agua.

Yo no lo estaba tanto. Reí sin gana, con la risa del conejo y desvié

nuevamente la conversación. Pero después me puse en pie. Salcedo hizo lo mismo y salimos del parque. Tomamos el tranvía en la estación del Norte y nos apeamos en la Puerta del Sol a la hora del crepúsculo. Entramos en el Café Oriental y bebimos un bock de cerveza hablando animadamente. Don Macrino mostraba su locuacidad acostumbrada y su implacable sensatez.

Mas he aquí, que de repente vuelve a las andadas.

—Hombre, la verdad que estaría usted muy gracioso si le hubiese tirado al agua haciendo así, ¡paf, paf!, batiendo el agua con las manos como un perro.

Y don Macrino imitaba de nuevo a un hombre que se ahoga.

¡Aquello era estúpido! Yo estaba irritado y me puse muy serio; pero Salcedo no lo advirtió siquiera. Siguió hablando con gran lucidez acerca de la ley de empleados, que parecía interesarle vivamente, como era natural. Al cabo nos levantamos y montamos en el tranvía de nuestro barrio. Cuando llegamos a él nos despedimos cada cual para su casa.

AHORA principia lo grave del caso. Al día siguiente me levanté temprano para dar un paseo antes que apretase el calor, como suelo hacer siempre en los meses de verano, y acordándome de la promesa hecha a don Macrino y debiendo pasar por delante de su hotelito, tomé el libro de astronomía para dejárselo. Cuando me iba aproximando a su casa oí

gritos desesperados pidiendo socorro. Eché a correr, pues me pareció reconocer la voz de doña Rosario. En efecto, ella era. La vi asomada a una de las ventanas y a su lado la criada, que también gritaba desaforadamente. Pensando que había fuego en la casa, me acerqué apresuradamente a la verja.

—¡No se acerque usted, Samper! ¡Llame usted a los guardias! ¡Llame a los vecinos!

Yo no comprendía. Mas de repente vi alzarse delante de mí la figura pavorosa de don Macrino, con la faz descompuesta, los cabellos erizados, los ojos inyectados y queriendo saltársele de las órbitas.

—¡Ah! ¿eres tú, bandido?—me gritó con voz ronca.

Y echando mano a una de las sillas de hierro que había en el jardín me la arrojó, como si fuese un juguete, por encima de la verja.

—¡Socorro!—grité yo a mi vez apartándome a todo correr de la casa.

Pero ya me encontré con algunas personas que acudían a los gritos de doña Rosario y su doméstica. Me volví y nos acercamos con precaución a la verja. Salcedo, rugiendo como una fiera, destrozaba cuanto tenía a mano, arrancaba las plantas y las arrojaba fuera, batía las sillas contra la pared, destrozaba la glorieta.

—¿Está loco?—preguntaron desde la calle.

—Sí; está loco. Que llamen a los guardias—respondió doña Rosario desde la ventana.

—¿Puede salir?—pregunté yo.

—La verja está cerrada y la puerta de casa también; pero puede saltar o romper la puerta. ¡Llamad a los guardias en seguida!

Pocos minutos después llegaban dos guardias. ¿Qué iban a hacer? La puerta del jardín estaba cerrada y saltar por encima de la verja era peligrosísimo en aquel momento.

La estatura colosal de don Macrino y la fuerza de que parecía dotado infundían temor a todo el mun-

do, sin excluir los guardias. Transcurrieron algunos momentos de vacilación. La gente hacía comentarios: se emitían opiniones, pero nada se hacía.

Al fin, un hombre que dijo ser mejicano, pidió una cuerda, hizo un lazo corredizo, montó sobre una de las pilastras del jardín, y en pie desde allí, cuando don Macrino estaba vuelto de espalda, le arrojó la cuerda, tiró de ella, le apretó las piernas y le hizo dar en tierra.

Cayó como una torre que se desploma. El mejicano saltó inmediatamente, y antes de que Salcedo pudiera levantarse montó sobre él para sujetarle. Los guardias y algunos

otros salvaron también la verja. Fué gran fortuna, pues el loco ya había sujetado a su agresor y hubiera dado de él buena cuenta. Entre todos le amarraron y le transportaron como un fardo a la casa.

Pero ya doña Rosario había bajado y abierto la puerta. Con pasmosa entereza y serenidad dijo:

—En casa, no. Que lo lleven al hospital. Desde allí se le conducirá a un manicomio.

Hablaba en tono tan imperioso y decidido aquella enana, que nadie se atrevió a replicar. Los guardias hicieron venir un coche, y con no poca dificultad introdujeron en él a don Macrino. Éste parecía privado

de sentido; tenía los ojos cerrados, dejaba escapar sordos gemidos y se le veía alguna espuma en la boca.

La gente permaneció algún tiempo todavía en los alrededores del hotel haciendo comentarios; se felicitó mucho al mejicano, que había logrado sujetar al pobre Salcedo. Yo, después de vacilar un poco, me decidí a penetrar en la casa y hablar con doña Rosario.

La hallé tranquilamente sentada, preparándose a tomar su desayuno. Su criada, en cambio, mostraba todavía fuerte agitación; estaba roja, los ojos húmedos, las manos temblorosas.

Me recibió la enana con la misma

imponente gravedad de siempre y me señaló, con gesto de emperatriz, una silla frente a ella.

—¿Cómo ha sido eso, señora?

Doña Rosario me miró fija y severamente, frunció el entrecejo, y cortando después una lonja de pan, respondió con el acento firme y autoritario que la caracterizaba:

—Cuando entró ayer noche en casa, después de la comilitona que ustedes han tenido en la Bombilla, nada observé en él de particular. No cenó: tomó únicamente una taza de café con leche y se retiró a su cuarto, que está contiguo al mío. Advertí que se acostaba y que apagaba la luz; pero no mucho después ob-

servé que de nuevo la encendía, se calzaba las zapatillas y daba vueltas por la habitación. Pensé que se le había olvidado alguna cosa y no le dije nada. En efecto, se acostó poco después, y ya me estaba durmiendo cuando le sentí otra vez encender la luz, ponerse las zapatillas y dar paseos por el cuarto. "—¿Estás indispuesto?"—le pregunté. "—No; no estoy indispuesto, ¡no, no, no!" Lo repitió tantas veces que yo, enojada, le repliqué: "—¡Bueno, hombre, bueno, me alegro mucho!" y me volví del otro lado para dormir. Con gran sorpresa mía percibí que lloraba. Ni él ni yo somos llorones, ¿sabe usted? Estuve escuchando

unos instantes, y no oyendo después nada, me dormí. Pero me despertó el ruido que hacía paseando agitadamente por la habitación. Por debajo de la puerta vi su luz encendida. Yo le grité entonces: "—¿Quieres hacer el favor de acostarte y dejarme dormir?" No respondió, pero le sentí apagar la luz y acostarse. Ha sido siempre un hombre muy obediente. Traté de dormirme, pero no pude: me había desvelado. No mucho después observé que se levantaba silenciosamente, y sin encender la luz paseaba descalzo para no hacer ruido. Nada quise decirle, porque comprendí que estaba nervioso. Como me era imposible

dormir, pude notar que varias veces se acostaba para levantarse inmediatamente y pasear descalzo. Al cabo logré conciliar el sueño. Me desperté hace un rato, recordé la agitación de Macrino, y levantándome de la cama abrí la puerta de su cuarto. Ya no estaba allí. Me vestí, le busqué por toda la casa y no pude hallarle. La muchacha me indicó que acaso estuviera en la terraza, porque había sentido abrir la puerta de la escalera. En efecto, allí estaba, en calzoncillos y descalzo. "—¿Qué haces ahí en esa forma?" Nada contestó. "—Ven a vestirte inmediatamente, porque estás dando un escándalo." Tampoco replicó una

palabra, pero obedeció. Bajó a su cuarto y se vistió. Le pregunté repetidas veces qué es lo que tenía. No logré arrancarle una sola palabra; se encerró en un silencio absoluto, que me hizo sospechar que no estaba en su juicio. Le propuse que viniese a desayunar al comedor y obedeció. Traté en vano de que hablase. Nada; ni una sola palabra salió de sus labios. Yo estaba muy alarmada y ordené a la muchacha que fuese a buscar un médico. Antes que saliese, Macrino se levantó de la silla y dijo con la mayor tranquilidad: "—Voy a cortar la cabeza a Samper, para cerciorarme si, en efecto, mueve después los ojos y

sonríe." Salió con paso firme del comedor y entró en el jardín. Como vi claramente que padecía un ataque de locura, fuí detrás de él y eché el cerrojo de la puerta. La del jardín estaba cerrada y la llave dentro de casa. Al verse encerrado, sin poder salir a la calle ni entrar en casa, le acometió el acceso de furor, parte del cual acaba usted de presenciar.

Calló doña Rosario. Con el fin de consolarla, le indiqué que el acceso de don Macrino era, seguramente, algo accidental y pasajero, y que no tardaría en ponerse bueno. Pero en realidad, no necesitaba consuelo alguno: se hallaba más tranquila que yo. Entonces le conté lo que me

había pasado la tarde anterior, cuando su marido había concebido la idea de arrojarme al estanque. Doña Rosario, mojando repetidas veces una sopa de pan en el chocolate, manifestó con indiferencia:

—Pues ha salvado usted de milagro.

TE CONFIESO que la pérdida repentina de la razón en un hombre que poseía tan gran copia de ella, me impresionó profundamente.

Había transcurrido un mes desde el acontecimiento que acabo de narrarte. En una mañana incandescente y espléndida del mes de agosto, me hallaba en mi despacho sentado de espaldas a la puerta, frente

a la ventana. Me hallaba en mangas de camisa. En realidad, pudiera omitir este detalle, que no añade interés a la narración y carece de elegancia. Lo dejo porque presta cierto color local a la escena que incontinenti se va a desarrollar ante tus ojos. Digo, pues, que me hallaba en mangas de camisa y escribiendo. Es decir, tenía la pluma entre los dedos y el papel delante, pero no escribía. Mi ocupación en aquel instante era seguir con ojos airados el vuelo de una mosca, que desde hacía rato me estaba infligiendo crueles cosquillas en todas las partes desnudas de mi cuerpo. Había hecho repetidos esfuerzos para darle muerte. Todos

fueron inútiles. Me sentía abatido y en situación desventajosa frente aquel insecto. Estaba a punto de maldecir de la existencia. Pues en tal momento de tribulación y pesimismo, he aquí que suena a mis espaldas una voz potente, fragorosa, que grita los famosos versos de Calderón de la Barca:

Apurar cielos pretendo
ya que me tratáis así.

Vuelvo la cabeza aterrado. ¿Qué es lo que veo? Tapando la puerta se erguía la figura gigantesca de don Macrino Salcedo, con el brazo derecho extendido y agitando su sombrero de fieltro.

—¡Socorro!—grité con toda la fuerza de mis pulmones, lanzándome a la ventana con ánimo de arrojarme por ella. Y es casi seguro que lo hubiera efectuado si al volver de nuevo despavorido los ojos hacia la espantable figura de mi vecino, no le hubiera visto sonreír plácidamente, murmurando al mismo tiempo con la mayor dulzura:

—Lo comprendo todo; lo comprendo todo.

—Si da usted un paso, me tiro por la ventana—le dije sin saber lo que decía, y volví a gritar: —¡Socorro!

—Lo comprendo todo, lo comprendo todo—repetía dulcemente don Macrino.

¿Qué es lo que comprendía aquel hombre? Con la mano puesta sobre el alféizar de la ventana y preparado a dar el salto trágico antes que dejarme estrangular apaciblemente, le miré otra vez. Había tal dulzura, tanta humildad en sus ojos, que me sentí un poco más seguro. Y otro poco más cuando percibí detrás de él los rostros de Peña y la criada.

—¿Pero no está usted loco?

Inmediatamente de formular esta pregunta, comprendí su estupidez.

—¡No estoy loco, señor mío, no estoy loco!... Lo he estado, pero no lo estoy. Aquí traigo el certificado del director del manicomio.

Y echando mano a la cartera,

sacó un papel y lo blandió con ademán de triunfo. Peña y la criada quedaron al punto convencidos, le sonrieron amablemente y le dieron la enhorabuena. Yo no estaba tan persuadido de su eficacia, pero lo fingí.

—¿Y cómo ha entrado usted aquí?

—La puerta del jardín estaba abierta, la de la casa también y me dije: "—Voy a dar una sorpresa agradable al amigo Samper; estoy seguró de que se alegrará".

—Muchísimo.

—Mil gracias, no sabe usted cuán satisfecho me encuentro de hallarme otra vez en casa de tan buen amigo. Tenemos que hablar largamente.

Al mismo tiempo dió algunos pasos hacia mí.

—Si le parece a usted, amigo Salcedo, bajaremos al jardín, donde estaremos mejor—repliqué yo retrocediendo otros tantos.

—Como usted guste.

Y se echó a andar y yo detrás de él. Al pasar cerca de Peña le dije en voz baja:

—No le pierdas de vista. Toma el martillo de partir el carbón, y si adviertes cualquier movimiento sospechoso le das con él en la cabeza.

—¡Pero, Julio, si don Macrino es un pan bendito!

—Pues yo no como ese pan. Haz lo que te mando—repliqué irritado.

Nos sentamos en el cenador, y tuve la precaución de poner entre los dos la gran mesa de mármol.

—¿Y cómo está doña Rosario?—le pregunté afectando cordialidad.

No respondió. Bajó la cabeza con señales de turbación, se pasó después la mano por la frente y al cabo profirió con voz temblorosa:

—Rosario es una estrella que ha traspuesto los confines del horizonte, desapareciendo de mi vista.

—¿Cómo?... ¿Se ha muerto?... ¡Nada sabía!

—No, no ha muerto—respondió sordamente—, pero huye de mis amantes brazos.

—¡Ah!

—Huye, sí, pero aunque se ocultase en el centro de la tierra mi corazón la sigue, mi alma la ve y mi pensamiento la adora. Lo que amamos no está lejos jamás, aunque haya un mundo por el medio.

—¿Pero no viven ustedes juntos?

—Desde hace nueve días que llegué de Carabanchel vengo haciendo esfuerzos para conseguirlo. Todos han sido vanos. Me presenté en casa de sus hermanas, donde habita; no ha querido recibirme. Le escribí varias cartas; me las devuelve sin abrirlas. Le envié diferentes emisarios; a todos los despide con palabras destempladas.

—¿De modo que no habitan ustedes en el hotelito?

—Ese nido de amor está cerrado acaso para siempre. Vejeto (porque no puedo decir que vivo) en una modesta casa de huéspedes de la calle del Barco. Allí paso los días entreteniéndome con mis memorias y las noches llorando mi soledad; allí me consumo de dolor dando vueltas en el lecho sin lograr reposo. Mis ansias se pierden, mis suspiros nadie los escucha y baño con mis lágrimas la almohada... ¡Oh! ¿Dónde estás, Charo mía? Mis ojos te buscan, mi pensamiento vuela hacia ti. Aunque tan pérfida, mi pecho es siempre constante como un escollo

ceñido por las olas, como un roble combatido por los vientos...

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas pronunciando estas palabras.

—¿Me hace usted el favor, amigo Salcedo, de enseñarme ese certificado del doctor Esquerdo?

No olvidaré nunca la avergonzada expresión y la sonrisa tímida y humilde que se dibujó en el rostro de don Macrino. Sacó el certificado de la cartera y me lo entregó. Estaba en regla. Se le daba de alta en la Casa de Salud por hallarse completamente curado del ataque cerebral que allí le había traído.

—¿Y doña Rosario, por qué se muestra tan caprichosa y esquiva?

Me parece que ya no es una niña.

— Tiene cuarenta años, cuatro menos que yo. ¿Sabe usted por qué, Samper? Pues porque no está segura de que yo haya recobrado la razón. Nada tiene de particular, porque usted mismo me cree loco todavía.

Entonces me tocó a mí avergonzarme.

— Nada de eso, Salcedo — me apresuré a decir—. Le encuentro a usted perfectamente sano. Aquello fué sin duda un golpe de sangre a la cabeza.

—Me encuentro tan bien, que jamás he gozado como ahora de la plenitud de mis facultades mentales.

La prueba de ello es, que yo, que nunca he escrito más que algunas memorias referentes a la contabilidad del Negociado donde soy jefe y varios artículos en el *Eco de Soria*, ahora versifico con extrema facilidad; las figuras de dicción variadas y artificiosas me salen sin pensarlo de la pluma y me acuden también los afectos más suaves y las expresiones más líricas... ¡Va usted a ver, querido, si el hombre capaz de escribir estos versos se halla loco!

Con gesto triunfal sacó de las profundidades del bolsillo un rollo de papel, lo desató y comenzó a leer con voz campanuda. Eran lo menos quince octavas, asegurándola su eter-

na adoración. Después de las octavas me leyó unos sáficos adónicos, dedicados al menudo pie de su esposa, con tal enternecimiento, que la voz se le anudaba en la garganta con perjuicio del ritmo. El mismo lo comprendió y me dijo:

—La versificación no resulta todo lo armoniosa que es en realidad, por el exceso de mi sentimiento. Usted los leerá mucho mejor, y a eso he venido precisamente, a rogarle que tenga usted la bondad de leerlos en público.

Yo di un salto.

— ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Leerlos en un teatro?

—En un teatro no, en casa de

Rosario, delante de ella y de sus hermanas. Tampoco me opongo a que los escuche algún amigo de la casa.

Me negué resueltamente a ello y lo hice en tono desabrido, porque sentía unos deseos atroces de perder de vista al gigante y a sus versos. Mas hete aquí que Salcedo al oirme comienza a llorar a hilo y a dejar salir de su garganta profundos suspiros entreverados de gemidos y cortados por frases de aflicción desesperada.

Todo el mundo le abandonaba, sí, todo el mundo parecía de acuerdo para dejarle morir en la soledad... La fuente de la alegría se había secado por completo y no quedaba ya

en el fondo más que un poco de barro nauseabundo... Vendría otra primavera, brotarían las flores, cantarían los pájaros, triscarían los corderillos, pero él no participaría ya de estas dulces sensaciones, viviría los pocos días que le restaban ajeno por entero a los encantos de la naturaleza y la sociedad... Odiado, despreciado, abandonado, se replegaría en sí mismo, y como el pelícano alimenta a sus hijos con su propia sangre, él alimentaría su amor con la sangre de su corazón.

Esta alegoría que no pude comprender bien, le impresionó de tal modo después de haberla expresado, que sufrió un desvanecimiento.

Llamé a la criada, le echamos un poco de agua a la cara y le dimos a oler un frasco de la colonia. Al fin volvió a la vida, ya que no a la razón, y clavó en mí unos ojos tan suplicantes que me sentí impotente para negarle el favor que me pedía.

¿Qué iba a hacer? Le dije que estaba dispuesto a ejecutar su encargo y tuve la satisfacción de verle en su estado normal. Lealmente confesaré que no fué sólo la compasión lo que me obligó a ceder, sino en mayor grado aun el miedo.

— ¿Cuándo quiere usted que vaya a casa de su señora?

—Mañana, si a usted le parece— respondió humildemente.

—No puede ser; mañana es domingo y paso el día fuera de Madrid.

Una nube de tristeza oscureció la frente del gigante.

—Mejor será hoy mismo—añadí.

La nube se disipó al soplo de tan fresca brisa. Don Macrino me estrechó la mano con efusión y exclamó conmovido:

—¡Gracias, muchas gracias, Samper, tiene usted un corazón singular! Lo que yo tenía era un miedo singular.

HÉTEME aquí, pues, así que hube almorzado, camino de la calle de Valverde, donde habitaban las hermanas de doña Rosario. Era en un piso tercero. Me salió a abrir una criada vieja y penetré en una antesala de cortas dimensiones. Pregunté por doña Rosario y me hizo saber que aquella señora se hallaba a la sazón en el piso principal de visi-

ta, pero que se la avisaría inmediatamente. Me introdujo en una sala muy chiquita y desde allí pude ver un gabinete chiquito. Chiquitos eran también los muebles, las puertas, las cortinas, los cuadros, la chimenea y el relojito que sobre ella descansaba. Me parecía estar viajando por el país de Liliput.

No haría tres minutos que me hallaba allí sin osar sentarme en una de aquellas sillitas forradas de damasco amarillo por miedo de quebrarla, cuando veo asomar por la puerta del gabinete dos cabecitas perfectamente iguales y risueñas. Como pude colegir en seguida eran las dos hermanas de doña Rosario,

menudas como ella, pero más jóvenes y más bellas. Los trajes de moda atrasada, la falda ajustada, los piececi-tos calzados con zapatos descotados, las mangas de jamón, recordando los tiempos del Imperio, en los cabellos peinetas, y sortijillas en las sienes. Semejaban dos miniaturas de comienzos del siglo pasado.

No pude menos de sonreír al ver aquellas figurillas tan graciosas, y ellas rieron de mi sonrisa y yo de la suya. La amistad quedó hecha y sellada sin necesidad de palabras.

Pero a mí me pareció que había necesidad de algunas. Dando rodeos les manifesté que venía comisionado por don Macrino Salcedo para

hablar con su hermana doña Rosario.

—Sí, sí; el pobrecito ha enviado ya otras varias personas, entre ellas nada menos que a un auditor del Tribunal de la Rota; pero nuestra hermana permanece insensible.

—Es lástima, porque don Macrino la adora.

—Cierto que la adora con toda su alma—replicó una de ellas con alguna vacilación, dirigiendo una mirada tímida a su hermanita, que bajó la cabeza con señales de turbación.

Eran tan iguales aquellas hermanas, que parecían la una reflejo de la otra en un espejo. No pude menos de preguntarles:

—¿Son ustedes ġemelas?

—Sí, señor; somos ġemelas—me respondieron a un tiempo—. Rosario nos lleva once años.

—De modo que tienen ustedes veintinueve años.

—Eso es—respondió una mirándome con sorpresa.

—Pues parece que tienen ustedes diez y nueve.

Las dos se ruborizaron.

—¡Oh, no! Diez y nueve teníamos cuando se casó Rosario. ¿Verdad, Fernandita?

—Verdad, Anġelita.

—¿En la resolución de doña Rosario no influiría el temor de que se vuelva otra vez loco repentinamente?

—Sí, señor, le tiene miedo..., pero estoy segura de que si le quisiera tanto como él a ella pasaría por todo y se uniría otra vez a él, ¿verdad, Fernandita?

La interpelada bajó la cabeza sin responder.

—Eso me parece a mí también.

—Macrino merece, en mi concepto, todo su amor, porque es un hombre de prodigioso talento, tiene un corazón excelente, y en cuanto a las prendas corporales, no necesito decir a usted nada, porque saltan a la vista... ¡Es todo un real mozo!

—¡Oh!, en cuanto a eso, no creo que haya otro igual en Madrid.

—¿Verdad, caballero? ¡Qué es-

tatura!, ¡qué corpulencia!... Es verdaderamente grandioso.

Y arqueaba las cejas y abría la boca y juntaba las manos cual si se hallase debajo de la cúpula de San Pedro, en Roma.

—Ahora se inclina un poco a causa del reuma—añadió con tristeza.

—No importa, señora; también la torre de Pisa está inclinada.

—¡Había que ver a ese hombre hace algunos años! ¿Verdad, Fernandita?

—Sí, había que verle, Angelita—respondió Fernandita ruborizándose.

—¡Había que verle cuando era administrador de rentas estancadas en Soria!... Ninguno se le podía

comparar. Y eso que había allí hombres verdaderamente notables. Ruano, el teniente de la Guardia civil, era un buen mozo, y don Lino, el contratista de la carretera, también..., pero yo creo que todos le pasarían por debajo del brazo, ¿verdad, Fernandita?

—Sí, todos, Angelita.

—¡Y qué modo de bailar el vals corrido! Era el mejor, ¿verdad, Fernandita?

—El mejor, Angelita.

Yo no pude menos de recordar el vals que don Macrino había bailado solo en el merendero de la Bombilla y me reí. Las gemelas, viéndome reír, rieron también.

—¡Y qué carácter de letra tiene!—prosiguió Angelita—. Un primor. Es un verdadero calígrafo... Fernandita, tú debes de saberlo bien—añadió con sonrisa maliciosa mirando a su hermana.

Ésta volvió a ruborizarse y guardó silencio. Entonces recordé que Salcedo, en una de sus efusivas confidencias, me había indicado que antes de casarse con doña Rosario había tenido relaciones amorosas con una hermana, y no dudé que Fernandita era la novia postergada. ¡Puf!, ¡qué mal gusto había tenido aquel gigante! Porque Fernandita valía infinitamente más que su hermana mayor.

—¿Quiere usted saber cómo le conocimos?—siguió Angelita—. Pues en Soria, donde nuestro papá era jefe de Fomento, hallándonos una tarde al balcón pasó un chico vendiendo claveles. A Fernandita y a mí se nos antojó comprárselos. En vez de entrar por el portal, al chico se le ocurrió gatear por la reja del cuarto bajo. Cuando lo estaba haciendo acierta a pasar por allí Macrino, y sin decir una palabra le quita los claveles de la mano y extendiendo el brazo llega hasta nosotras... ¡Qué hombre!, ¿verdad?

—Inmenso.

—Pero no me los entregó a mí—añadió dirigiendo una miradita ma-

liciosa a su hermana—, a pesar de que era yo quien primero le alargó la mano, sino que fué a dárselos a Fernandita.

Ésta se puso aún más colorada.

Yo pensé que la preferencia de Salcedo debió de ser casual, porque las gemelas eran tan iguales, que no se las distinguía a primera vista. Por divertirme quise tirarle un poco de la lengua.

—¿Y cómo es que conociéndolas a ustedes primero y mostrando desde el principio inclinación hacia Fernandita fué a casarse con doña Rosario?

El rostro de las dos hermanas se oscureció repentinamente ante aquella osada pregunta.

Quedaron suspensas, y las dos tosieron a un tiempo.

—¡Cosas de familia!—dijo al cabo Angelita—. Teníamos entonces diez y ocho años.

Y las dos volvieron a toser. Después de un silencio un poco embarazoso, Angelita, cambiando de conversación, me preguntó:

—¿Usted debe de ser amigo íntimo de nuestro cuñado, cuando le envía con esa comisión?

—Soy amigo y vecino. Me llamo Julio Samper.

—¡Ah, Samper! Macrino nos ha hablado de usted muchas veces. Nos ha dicho que es usted una persona muy simpática y además un sabio.

—¡Señora, un sabio, no!

—Sí, un sabio... Después de todo no hay más que ver a usted para comprenderlo.

Como no podía mirarme en aquel momento al espejo para averiguar si, en efecto, tenía cara de sabio, me contenté con dirigir una mirada furtiva a mis rodillas.

—¿Y en qué se me conoce que soy un sabio?

—¡Bah!, eso se conoce..., se conoce.

—¿Además, usted no ha escrito en los periódicos?—apuntó Fernandita.

—Sí señora.

—¡Pues entonces!...

La inocencia es para mí sagrada; así que no quise profanar la de aquella graciosa criatura y me disponía a convenir en que, efectivamente, yo no podía menos de ser un sabio habiendo escrito en los periódicos, cuando apareció en la puerta de la sala la figurilla severa y displicente de doña Rosario. Me levanté para saludarla; ella me respondió con bastante frialdad y me invitó, con un signo majestuoso, a que me sentase de nuevo. Las gemelas se callaron instantáneamente y le dirigían miradas tan respetuosas y tímidas, que me hicieron comprender en seguida que doña Rosario, no sólo empuñaba el cetro en la mansión conyugal,

sino que lo extendía tiránico a la de sus hermanas.

—¿A qué debo el honor de su visita?—me preguntó así que nos hubimos sentado.

—Vengo comisionado por su marido el señor Salcedo...

—Entonces es inútil que hablemos una palabra más—me atajó con acento perentorio—. Mi marido tiene conocimiento, porque se lo he hecho saber de un modo categórico por diferentes conductos, de que ya no podemos vivir juntos.

—No traigo encargo de hacerle nuevas representaciones acerca de este punto. Mi cometido se reduce simplemente a leerle a usted unos versos.

—¿Unos versos?—exclamó en el colmo del estupor.

— ¿Unos versos? — exclamaron también asombradas las gemelas.

Pero la expresión que se pintaba en el rostro de aquélla era de repugnancia, casi de indignación, mientras que éstas sonreían dulcemente.

—¿Quién ha escrito esos versos?

—Él mismo.

—¿Quién es él mismo?

—Pues el propio don Macrino Salcedo, su esposo.

—¡Ave María Purísima!—exclamó haciéndose cruces—. ¿No comprende usted, Samper, que sigue loco de remate?

—Señora, yo no comprendo nada.

Conozco una porción de sujetos que escriben versos y que no están locos.

—¡Basta! Es una burla y yo no estoy dispuesta a tolerar burlas.

—Me los ha entregado con la mayor seriedad, y como puede usted comprobarlo inmediatamente, en vez de burlarse manifiesta hacia usted los sentimientos más tiernos y respetuosos.

Saqué al mismo tiempo el rollo donde venían las composiciones poéticas, pero doña Rosario hizo ademán de levantarse. Las gemelas se apresuran a detenerla con vehementes súplicas.

—¡Rosario, por Dios!... ¡Quéda-

te, mujer! Es cuestión de unos minutos... No pierdes nada con ello... ¡Virgen del Carmen, y a mí que me gustan tanto los versos!

—¡Y a mí!—manifestó la otra.

A duras penas logramos que doña Rosario permaneciese sentada.

Comencé a leer los sáficos adónicos dedicados a sus pies. Aquellas estrofas hiperbólicas no consiguieron desarrugarla. Escuchaba impaciente; se movía con nerviosa inquietud; dejaba escapar de vez en cuando leves bufidos de reprobación.

En cambio sus hermanitas parecían transportadas de entusiasmo; sonreían; movían su cabecita de un lado a otro; cerraban los ojos para

expresar su arrobamiento, y llevaban el ritmo con las manos y los pies. Fernandita extendía los suyos diminutos, para hacerme ver que no desmerecían de los de su hermana.

Llegó el turno a las octavas reales, en que don Macrino expresaba de un modo patético y desgarrador su resolución de no olvidar, mientras le quedase un soplo de vida, a doña Rosario. Ésta se manifestó igualmente intolerante. En vez de enternecerse con aquellos sentimientos férvidos y frases apasionadas, las condenaba con murmullos desdeñosos.

—¡Jesús, qué ridiculez!... ¡Vaya una majadería!... ¡Otra te pego!... ¡Qué ganso!

Pero sus hermanas, de un natural más poético, aparecían conmovidas; las vi llevarse más de una vez el pañuelo a los ojos, dando testimonio de su corazón sensible.

—¡Qué lindo! ¡Qué primor! Es dulcísimo todo eso.

Yo, animado por sus aplausos, tanto como furioso por las frases y gestos despectivos de doña Rosario, declamaba, más que leía, con entonación de cómico los versos de don Macrino.

Vuelvan tus ojos a mirarme tiernos.
¿Será posible, idolatrado dueño,
dure en ti siempre el implacable ceño?

Cuando terminé la lectura, enro-

llé de nuevo el papel y lo guardé en el bolsillo. Hubo unos instantes de silencio. Doña Rosario dijo al cabo:

—Bueno; pues yo no me pago de baratijas ni de palabrillas almibaradas. Todo eso no es más que una mermelada empalagosa. Mi resolución es siempre la misma. No quiero vivir con él.

Angelita se atrevió a proferir tímidamente:

—No es posible, Rosario, que seas toda la vida tan cruel.

Aquélla, como si la hubiese clavado un alfiler, se volvió iracunda.

—¿Qué es lo que dices, necia? ¿Te gustaría acostarte sana y amanecer hecha pedazos?

Naturalmente, a Angelita no le haría gracia despertar hecha pedazos y bajó la cabeza, resignada.

—Está bien—manifesté yo levantándome—. He cumplido mi encargo y sólo me resta preguntar a usted si tiene algo que decir por mi conducto a su marido.

Doña Rosario, todavía encendida de cólera, se mordió los labios y profirió con ímpetu:

—¡Sí, dígale usted de mi parte que es un payaso!

—¡Rosario, por Dios!—exclamaron a un tiempo las dos gemelas.

—¡Un payaso!—repitió con más energía aún la enana.

En vista de esto la saludé con

toda ceremonia y me retiré. Ella se levantó de la silla, pero no dió un paso para despedirme. Sus hermanitas me acompañaron hasta la puerta de la escalera y allí, en voz baja, me felicitaron calurosamente por mi manera de leer los versos y me hicieron vivas protestas de amistad.

—A Macrino dígale usted que es un gran poeta—manifestó Angelita.

—Y que aquello de

"finos tus brazos
ciñan mi cuello en deliciosos lazos"

es verdaderamente delicioso—suspiró Fernandita.

Las deliciosas eran ellas. Todavía desde la puerta, mientras bajaba la

escalera, seguían dirigiéndome amables y graciosas sonrisas.

De buena gana me hubiera llevado a casa aquellas dos miniaturas, cada una en un bolsillo.

EN EL JARDIN, sentado dentro del cenador y vigilado estrechamente por los ojos desconfiados de mi cocinera, me esperaba hacía rato el propio don Macrino, el cual clavó en mí una mirada ansiosa y escrutadora, tratando de adivinar en mi semblante el resultado de la embajada. Aunque éste no podía ser más desgraciado, traté de templar su rigor con una

sonrisa insinuante y comencé a hablar, perdiéndome en una serie de rodeos extravagantes. Claro está que guardé como en cerrado estuche el *payaso* de doña Rosario y juntos con él, todos los otros calificativos indecorosos que se autorizó dirigir a su marido ausente. "Su digna esposa se hallaba profundamente afectada... Su digna esposa había escuchado con lágrimas de enternecimiento los inspirados versos que le había dedicado; los había hecho leer dos veces... Le agradecía vivamente toda la ternura que en ellos le demostraba... Su corazón le pertenecía por completo y le pertenecería hasta la muerte, etc., etc."

—En resumen—interrumpió don Macrino, concluyendo por impacientarse—, ¿se halla dispuesta a revivir los celestiales instantes de dicha y de placer en el paraíso de nuestra unión conyugal?

—En cuanto a eso, amigo Salcedo, con harto sentimiento me veo obligado a manifestarle que doña Rosario no siente por ahora necesidad de ellos.

Don Macrino me miró con ojos desolados, que se nublaron al instante de lágrimas. Apoyó los codos en la mesa de mármol, metió la cabeza entre las manos y así permaneció silencioso largo rato, mientras yo cada vez más inquieto me pre-

paraba a dar un salto y escapar en el caso de que la noticia provocase en él una explosión.

No fué así por fortuna. Se alzó al cabo lentamente, me alargó con gravedad solemne su mano y me dijo con voz apagada:

—Muchas gracias, Samper. Para mí todo ha terminado en este mundo. Míreme usted bien abatido, bien humillado. Ya me tiene usted en el fondo de un abismo del cual no podré salir. Debajo de este negro y profundo abismo, hay otro todavía más negro y más profundo y allí caeré bien pronto. Debajo de éste otro aún... y después otro... y otro. ¡No hay abismo bastante

hondo para mi corazón destrozado!...

Don Macrino no pudo llegar a esta fúnebre conclusión sin dejar escapar un torrente de lágrimas, levantar sus manos al cielo y frotarse luego la nariz con el dorso de una de ellas. Hecho lo cual se afianzó el sombrero y salió del jardín con paso vacilante. Al llegar a la puerta se volvió, me dirigió una mirada de amargo desconsuelo, se llevó la mano al corazón, puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza con desesperación y se lanzó a la calle.

Al día siguiente era domingo y como ya había anunciado a Salcedo debía ausentarme de Madrid. Pasé el día cazando con algunos amigos

en un coto que teníamos alquilado cerca de Villalba. Llegué de noche a casa bastante cansado y con deseos de cenar y meterme en la cama. Peña y la cocinera salieron presurosos a la puerta cuando advirtieron mi presencia y en su rostro advertí señales de tristeza y agitación.

—¿Ha habido alguna novedad? Tenéis ambos la cara de susto. ¿Han entrado ladrones en casa?

—No es eso—respondió Peña—. Es que don Macrino...

—¿Qué le ha pasado a don Macrino?

—Pues que se ha suicidado.

—¿Se ha suicidado? — pregunté consternado—. ¿Cómo ha sido eso?

—Sí; se ha dado un tiro esta mañana en la escalera de la casa de sus cuñadas, donde al parecer está ahora doña Rosario. Todo el barrio lo sabe ya. El chico del panadero fué quien me trajo la noticia.

Tanto por enterarme de las particularidades de aquel suicidio como para manifestar mi sentimiento a doña Rosario y sus hermanas, resolví ir inmediatamente a dejarles una tarjeta. Eran ya cerca de las diez cuando llegué a la calle de Valverde. Entonces me apeteció, no sé por qué, subir a verlas. El portero me dijo que no se recibía más que a la familia.

—Yo soy de la familia—le repli-

qué con audacia, y subí de prisa la escalera.

Cerca de la puerta del piso había un gran trozo recién lavado. Sentí al verlo una triste emoción, porque comprendí en seguida que era allí donde se había efectuado el sangriento suceso.

En la minúscula salida se hallaba doña Rosario, sus hermanas, un caballero y cuatro o cinco señoras. El caballero, según pude saber pronto, era pariente y las señoras vecinas. Las gemelas al verme se alzaron con presteza del asiento y vinieron a estrecharme la mano, rompiendo a llorar perdidamente.

—¡Oh, señor Samper, quién nos

lo había de decir ayer cuando estuvo usted aquí!

Doña Rosario también me saludó, pero sin derramar una lágrima.

Nos sentamos todos nuevamente y hubo una pausa. Yo acerqué la boca al oído del caballero que estaba a mi lado, y le pregunté en voz de falsete:

—¿A qué hora ha sido?

—Muy temprano. Poco después de abrirse la portería se presentó Macrino, subió la escalera lentamente, según nos dijo el portero, tiró de la campanilla y antes de que la criada saliese a abrir se disparó un tiro en la sien, cayendo delante de la puerta. Mis primas estaban todavía

en la cama. ¡Figúrese usted qué susto! Luego el Juzgado, la gente que invadió la escalera, las declaraciones... Han pasado un día bien amargo las pobrecillas.

Las gemelas seguían llorando silenciosamente. Doña Rosario, cuyo color es siempre bajo, lo tenía ahora por completo amarillo. Pero sus ojos estaban secos, y su rostro contraído revelaba, a mi entender, más ira que dolor.

—Era un hombre notabilísimo, bien lo sabe usted, Samper—manifestó Angelita, secándose las lágrimas.

—¡Era un genio!—suspiró Fernandita, secándolas igualmente.

—¡Qué criterio! Estaba siempre dispuesto a dar consejos.

—¡Y qué versos escribía últimamente! Este señor puede bien decirlo, porque nos leyó ayer unos maravillosos.

Como no me costaba trabajo alguno y les daba con ello gusto, no vacilé en afirmar que las octavas dedicadas a doña Rosario podían competir con las del *Canto a Teresa*, de Espronceda.

—¡Y qué letra redondilla tenía! Podía servir de muestra en los colegios.

—¡Todavía hacía mejor la inglesa! — manifestó Fernandita sollozando.

—Todas, todas las bordaba. Hacía con la pluma lo que quería—corroboró su hermana.

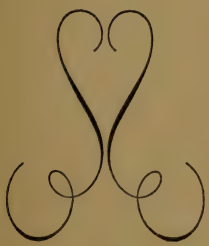
Una de las señoras vecinas expresó con vehemencia que un hombre así no tenía derecho a quitarse la vida.

Siguió el panegírico todavía un rato. Al cabo, aprovechando una pausa, me levanté para irme. Las gemelas me apretaron la mano con efusión, pero no salieron a despedirme. Esta vez fué doña Rosario la que me acompañó hasta la puerta.

—¿Qué le parece a usted, amigo Samper?—me dijo antes de trasponerla, fijando en mí una mirada dura.

—Un caso bien triste.

—¡Ha sido una verdadera payasada!—exclamó furiosa, volviéndome la espalda.



EN LOS DÍAS siguientes hice todavía algunas visitas a la familia de don Macrino. No me arrastraba a ello, como puede suponerse, la faz ceñuda de doña Rosario; pero sí la de sus gentiles hermanitas, que me habían caído extremadamente en gracia. ¡Eran tan inocentes, tan afectuosas aquellas miniaturas! Como doña Rosario no quería habitar ya

su hotelito, decidieron alquilarlo. Con tal motivo vinieron las tres más de una vez a él para dejarlo en regla, y tuvieron la amabilidad de entrar en el mío y saludarme.

Así se pasaron más de dos meses. Una mañana vinieron solas Angelita y Fernandita, subieron a mi despacho y desahogaron conmigo las penas que afligían su minúsculo pecho. Su hermana mayor les hacía la vida amarga. ¡Qué genio! ¡qué despotismo! Siempre había sido orgullosa y áspera, pero ahora se hizo insufrible, las atormentaba de mil maneras.

— ¿Pero dependen ustedes de ella?—les pregunté.

—No señor; hemos heredado de nuestros padres lo mismo que ella y tenemos con que vivir.

—Entonces despídanla ustedes de casa.

Las gemelas me miraron consternadas. Luego bajaron sus cabecitas y guardaron silencio.

Todavía vinieron a visitarme unas cuantas mañanas y sus lamentaciones eran cada vez más altas. Lloraban las pobrecillas a hilo narrando los maltratos de su díscola hermana. Después de una de estas conferencias, que en parte había escuchado Peña, éste me dijo sonriendo maliciosamente:

—Son bonitas y simpáticas las

hermanitas. ¿Por qué no te casas con una de ellas?

—No está mal pensado—contesté riendo igualmente—. ¿Con cuál quieres que me case?

—Con la que más te guste.

—¡Si son iguales!

—Pues con las dos no puedes casarte. La poligamia no existe en Europa. ¿Quieres que echemos a cara o cruz?

—¡Magnífico!

Saqué una moneda de cinco pesetas y le dije:

—La cara es Angelita; la cruz Fernandita. Echala al aire.

Así lo hizo. La moneda cayó al suelo con la cara del rey hacia arri-

ba. Mi esposa debía ser Angelita.

—Ahora escribe una carta de declaración en verso.

Yo seguía tomando todo aquello a broma. Al día siguiente por la mañana, Peña me presentó la epístola escrita, si no recuerdo mal, en tercetos. Pero aquella noche antes de dormirme pensé en el asunto, y mi matrimonio no se me ofrecía como cosa disparatada, digna de risa; empecé a juzgarlo como algo serio y creí que debía meditarse. Cuando me desperté, por virtud de ese trabajo sordo que según los psicólogos efectúa nuestro espíritu durante el sueño, me hallaba casi resuelto a casarme con Angelita en el caso de

que ella me aceptase por marido. Rompí la carta de Peña, escribí yo otra en prosa sencilla, lacónica, modesta, declarándole mis sentimientos y mis propósitos y tuve la audacia de echarla al correo. Por cierto que cuando la hube dejado caer en el buzón me acometió una vergüenza increíble. ¿Qué iban a decir aquellas miniaturas? ¿Se reirían de mí? Pasé todo el día inquieto y por la noche no dormí bien. Al otro día hallándome en el jardín después de almorzar tomando el acostumbrado café y fumando un cigarro, se aparece por la puerta Fernandita rebujada en su manto de luto. Al saludarme se puso roja y yo también. Se sentó a

mi lado y después de algunas palabras indiferentes, me dijo en voz baja y temblorosa:

—Mi hermana ha recibido su carta...

Se detuvo esperando, sin duda, que yo dijese algo. ¿Pero qué iba a decir?

—A la verdad—siguió después—, no sabemos qué pensar de ella. Tenemos miedo que usted haya querido burlarse de nosotras.

—¿Cómo burlarme?

Protesté con todas las fuerzas de mi alma y me figuro que con las de mi cuerpo también, porque sacudí la cabeza y manoteé lo indecible. A pesar de esto, Fernandita todavía

siguió dudando un buen rato. Al fin logré persuadirla de mi sinceridad, y le pregunté si podía esperar que algún día su hermanita correspondiese a la tierna inclinación que yo sentía por ella.

—¿Cómo no, señor Samper?—me respondió—. Usted nos ha sido desde que le conocimos tan simpático, que cuanto le diga sería poco. Usted se ha portado con nuestro desgraciado hermano político como un hombre de corazón... Y además, usted es un sabio.

¡Vuelta con la sabiduría! Yo protesté de nuevo, aunque más débilmente. Terminada la protesta insistí, preguntándole:

—¿De modo que usted me hace concebir la esperanza de que Angelita consentirá en que yo la lleve al altar?

—Para eso es necesario, señor Samper, que le tratemos algún tiempo más, que nos convenzamos de que lo que usted siente ahora no es un capricho pasajero. Cuando estemos seguras de ello, entonces no dude usted que nos honraremos mucho con esa unión.

Lo chistoso del caso era que Fernandita hablaba siempre en plural, como si fuese a casarme con las dos. Cuando hubimos charlado otro poco y convenido en las horas en que podría visitarlas y hacerles la

corte, Fernandita me dirigió una larga mirada con expresión dolorida, suspiró, se puso roja, y después de algunas vacilaciones balbució:

—Señor Samper, si ese acontecimiento llega a realizarse, ¿no me dejará usted vivir con ustedes? ¿Me separará usted de mi hermana? Yo creo que moriría pronto de pena.

—¿Qué está usted diciendo, Fernandita? ¿Yo cometer tal crueldad? Usted vivirá toda la vida con nosotros. No sabe usted bien lo simpática que me ha sido y el afecto que me inspira.

Estuve tentado a manifestarle que me era tan cara la una como la otra y a descubrirle el secreto de la

moneda echada al aire; pero afortunadamente pude contenerme.

En fin, no se pasaron dos meses sin que por santo lazo quedásemos unidos Angelita y yo. Como la fortuna de las hermanitas, unida a la mía, nos permitía vivir con toda comodidad, dejamos el hotelito harto reducido y alquilamos un magnífico piso en la calle de Serrano, donde aún habito. Aquellas dos hermosas criaturas se dedicaron enteramente a mí, a cuidarme, a prevenir mis deseos, a hacerme la vida confortable y grata. Yo no establecía distinción entre ambas. A los teatros, cuando pudimos ir, a los paseos, a las visitas, a todas partes íbamos juntos.

No hacía un regalito a mi esposa que no hiciese otro igual a su hermana. Para todos los menesteres o necesidades de la vida, lo mismo acudía a la una que a la otra; y como seguían con el capricho de vestirse del mismo modo, con mucha frecuencia las confundía.

—Oye, amigo. Supongo que no llevarías también por equivocación a Fernandita a la alcoba.

—¡Eso no! Para todo lo demás le digo en verdad, que no existía diferencia entre ambas. Cuando entraba en casa de la calle, lo mismo besaba a una que a otra.

—¿Y tu mujer no se encelaba?

—Nunca me lo demostró. No

puedes imaginarte el cariño y la confianza de aquellas dos hermanas. Mi felicidad duró poco tiempo. Antes de transcurrir el año, mi adorada esposa falleció en el parto, y la niña que dió a luz lo mismo. No necesito ponderarte mi dolor y el de mi cuñada. Durante muchos días aquello fué una desolación. Al fin, tanto Fernandita como yo logramos tranquilizarnos, y nuestra vida empezó a deslizarse con la marcha de antes, ella acudiendo a mis necesidades con sus preciosas manos, y yo dejándome servir como un sultán. ¿No es verdad que todos los hombres llevamos un sultán dentro del vientre? Mas hete aquí que una tarde, al re-

gresar a casa, encuentro a Fernandita con los ojos enrojecidos por el llanto y más triste que la noche. "—¿Qué te pasa?"—le pregunté asustado. Tardó en responderme; yo insté con vehemencia; al fin, sin despegar los labios me entregó una carta que todavía estrujaba en la mano. Era de su hermana Rosario. Te advierto que aquella feroz enana, con motivo de mi matrimonio, había roto las relaciones con sus hermanas y ni aun a la muerte de Angelita había venido a vernos. La carta era una fulminante recriminación dirigida a su hermana, por el delito de habitar en mi compañía. "Aquello era indecoroso; todo el mundo esta-

ba escandalizado, etc., etc." Acometido de furiosa cólera hice pedazos la carta, y exclamé:

—¡Lo indecoroso y lo escandaloso es lo que ha hecho esa víbora con su desgraciado marido!... Supongo que no darás importancia a esta maligna carta.

Fernandita bajó la cabeza sin contestar.

—¿Pero es que das crédito a semejante paparrucha?—le pregunté.

Fernandita dijo al fin:

—Mira, Julio, tú eres muy inocente y no sabes lo malo que es el mundo.

No pude menos de reír interiormente, oyéndome llamar inocente

por aquella criatura que no encerraba en su pecho más malicia que una niña de diez años. Insistí con vehemencia; acumulé las razones que pude; Fernandita, con toda dulzura, se mostró firme. Era necesario separarnos.

Entonces me acometió una profunda tristeza. Entonces, y sólo entonces, comprendí la desgracia que sobre mí había caído.

Mi cuñada dió los pasos necesarios para llevar a cabo nuestra separación. Habló con una parienta vieja, y le propuso residir en su compañía el tiempo indispensable para buscar un cuartito y amueblarlo. Habitar con su hermana Rosario no

se le había pasado siquiera por la imaginación.

Una mañana, al tomar juntos el desayuno me dijo, no sin que le temblase un poco la voz:

—Esta noche, Julio, dormiré en casa de mi prima Ursula.

Quedé consternado. No pude pasar otra sopa de chocolate. Me alcé de la silla y me fuí a mi cuarto. Procuré allí serenarme, y volviendo al comedor le dije con semblante alegre:

—¿Quieres que hagamos una cosa, Fernandita? Para despedirnos nos iremos a almorzar a la Bombilla; pasamos el día juntos y por la tarde te llevaré a casa de tu prima.

Vaciló un instante, pero al cabo dió su aprobación al proyecto.

En efecto, poco antes del mediodía nos trasladamos en un coche de punto a la Bombilla. Mi cuñada me había rogado que no fuésemos en tranvía, para que los conocidos no fuesen con el cuento a Rosario. Entramos en uno de los merenderos, el mismo restaurant en que don Macrino había bailado un vals corrido la víspera de volverse loco. Almorzamos con poco apetito; ambos hacíamos esfuerzos por mostrarnos locuaces y jocosos, pero nuestra tristeza rezumaba por los ojos. A mí me ahogaba la emoción. Cuando hubimos terminado de almorzar, le

propuse dar una vuelta por la Moncloa.

Paseamos largo rato por aquellos parajes, que a la sazón se hallaban solitarios. Subimos a uno de los cerros, y allí, tendidos sobre el césped, descansamos, contemplando el panorama espléndido de la sierra. A ambos se nos había agotado la aparente alegría y las palabras. Estábamos silenciosos y tristes. La tarde era de octubre, apacible y melancólica también. Sin volver la cabeza, mirando siempre fijamente al horizonte, dije de pronto en voz baja:

—¿Quieres casarte conmigo, Fernandita?

Ella, sin volver tampoco la cabe-

za, mirando al horizonte, respondió en voz baja igualmente:

—Bueno.

Estaba dicho todo. Pocos meses después recibíamos la bendición nupcial. Cuando terminada la ceremonia la llevé de nuevo a mi casa, cuando almorzamos en nuestro antiguo comedor, cuando la vi inspeccionar los armarios y aparadores, cuando la oí dar órdenes a la cocinera, y por fin, cuando después de cenar la llevé de la mano a nuestro dormitorio me pareció que allí no había pasado nada, que yo no había estado jamás viudo, que mi adorada mujercita vivía siempre... Por eso no puedo asegurarte realmente

si he sido monógamo o polígamo.

—Es igual—repuse yo—. De todos modos has sido y eres feliz, ¿verdad?

—Completamente feliz.

—Pues, querido, recibe mi enhorabuena. Vale mucho más tener buen éxito en la vida que en el teatro.

Quedó un instante pensativo, y al cabo dijo gravemente:

—Eso creo yo también, pero... te lo confieso; no me es posible olvidar la silba del teatro Español.

Se acabó de imprimir
la primera edición de este
libro, que consta de treinta mil
ejemplares, en los talleres de la Imprenta
Helénica, Pasaje de la Alhambra,
número 3, Madrid, el día 10
de febrero de 1929.

En la «Selección Pueyo» publicarán, entre otros, obras originales.

Azorín.
Baroja.
Concha Espina.
Fernández-Flórez.
Gómez de la Serna.
Insúa.
León.
Mata.
Gregorio Marañón.
Ossorio Gallardo
Oteyza.
Palacio Valdés.
Pérez de Ayala.
Zamacois.

Publicaciones de Editorial Pueyo, S. L.

ARENAL, 6. MADRID.

Juan Aguilar Catena.

Los enigmas de María Luz. Novela. 5 pesetas.
Herida en el vuelo. Novela. 5 pesetas.
Disciplinas de amor. Novela. 5 pesetas.
Nuestro amigo Juan. Ejercicio de servidumbre. Novela. 5 pesetas.
Un soltero difícil. Novela. 5 pesetas.

Guillermo Díaz-Caneja.

Escuela de humorismo. Novelas y cuentos. 4,50 pesetas.
La pecadora. Novela. 5 pesetas.
La deseada. Novela. 5 pesetas.
El sobre en blanco. Novela laureada con el Premio Fastenrath 1918, de la Real Academia Española. 5 pesetas.
Pilar Guerra. Novela que ha sido adaptada al cinematógrafo. 5 pesetas.
El vuelo de la dicha. Novela. 5 pesetas.
La virgen paleta. Novela. 5 pesetas.
La mujer que soñamos. Novela. 5 pesetas.
Garras blancas. Novela. 5 pesetas.

Una lección de amor.—El romántico de aldea.—No me quieras tanto.—Un cínico mal encumbrado.—Celos mal reprimidos. Novelas. 5 pesetas.
La novela sin título. Novela. 5 pesetas.
El carpintero y los frailes. Novela. 4,50 pesetas.
El misterio del hotel. Novela. 5 pesetas.

Pedro Mata.

Ganarás el pan... Novela. Primer premio del Concurso de novelistas del siglo XX. 5 pesetas.
La Catorce.—Ni amor ni arte.—La condenación del P. Martín.—Cuesta abajo. Novelas. 5 pesetas.
Corazones sin rumbo. Novela. 5 pesetas.
Un grito en la noche. Novela de amor y de dolor. 5 pesetas.
Muñecos. Novela. 5 pesetas.
Irresponsables: La muchacha del Ideal Rosales.—En defensa propia.—El crimen de la calle de Ponzano. Novelas. Prólogo de D. Angel Ossorio Gallardo. Epílogo del doctor Fernández Sanz. 5 pesetas.
El hombre de la Rosa Blanca. (Historia triste de una niña «bien»). Novela. 5 pesetas.
Una aventura demasiado fácil. Novela. 5 pesetas.
El hombre que se reía del amor. Novela. 5 pesetas.
Más allá del amor y de la vida. Novela. 5 pesetas.
Más allá del amor y de la muerte. Novela.

Continuación de «Más allá del amor y de la vida». 5 pesetas.

Para ella y para ellas. Versos de amor. Edición lujosísima ornamentada por Eulogio Varela. 5 pesetas.

La reconquista. Novela. 2 pesetas.

Luis de Oteyza.

Las mujeres de la Literatura. Estudio sobre los caracteres femeninos creados por la fantasía de los más ilustres poetas, novelistas y dramaturgos. 4 pesetas.

Animales célebres. Biografías de los animales que en la Historia, en la Literatura, en el Arte y en la Religión han adquirido notoriedad. 4 pesetas.

En tal día... Efemérides de todo el año. Primer volumen: de enero a junio. 4 pesetas.

En tal día... Efemérides de todo el año. Segundo volumen: de julio a diciembre. 4 pesetas.

Frases históricas. Recopilación con antecedentes y consecuencias de las más célebres frases pronunciadas por los más grandes hombres de la humanidad. 4 pesetas.

Galería de obras famosas. Argumento y explicación con juicios críticos y noticias históricas de las más famosas producciones de la Literatura universal, con un prólogo entusiasta de Max Nordau. 4 pesetas.

Baladas. Poesías juveniles. 2 pesetas.

De España al Japón. Itinerario impresionista. 5 pesetas.

En el remoto Cipango. Jornadas japonesas. 5 pesetas.
Al Senegal en avión. Reportaje aéreo desde Toulouse a Dakar, con numerosas fotografías de Alfonso (hijo). 5 pesetas.
El diablo blanco. Novela. 5 pesetas.

Armando Palacio Valdés.
(De la Real Academia Española.)

La aldea perdida. Novela-poema de costumbres campesinas. Edición ornamentada por Marco. 5 pesetas.
Marta y María. Novela. Edición ornamentada por Marco. 5 pesetas.
La hermana San Sulpicio. Novela. Edición ornamentada por Marco. 5 pesetas.
La hija de Natalia. Últimos papeles del Doctor Angélico. Novela. 4 pesetas.
Santa Rogelia. Novela. 4 pesetas.
A cara o cruz. Novela. 2 pesetas.
Testamento literario. 5 pesetas.

Emilia Pardo Bazán
(Condesa de Pardo Bazán).

(OBRAS COMPLETAS)

Tomo 1.—La cuestión palpitante. 3 pesetas.
Tomo 2.—La piedra angular. 3 pesetas.
Tomo 3.—Los Pazos de Ulloa. 4,50 pesetas.
Tomo 4.—La Madre Naturaleza. Novela. 5 pesetas.
Tomo 5.—Cuentos de Marineda. 5 pesetas.
Tomo 6.—Polémicas y estudios literarios. (Agotada.)

Tomo 7.—Insolación y morriña. 6 pesetas.
Tomo 8.—La tribuna. (Agotada.)
Tomo 9.—De mi tierra. (Agotada.)
Tomo 10.—Cuentos nuevos. 3,50 pesetas.
Tomo 11.—Adán y Eva (ciclo). Doña Milagros. 6 pesetas.
Tomo 12.—Los poetas épicos cristianos. (Agotada.)
Tomo 13.—Novelas ejemplares. (Agotada.)
Tomo 14.—Adán y Eva (ciclo). Memorias de un solterón. 3,50 pesetas.
Tomo 15.—El saludo de las brujas. (Agotada.)
Tomo 16.—Cuentos de amor. 3,50 pesetas.
Tomo 17.—Cuentos sacro-profanos. 4,50 pesetas.
Tomo 18.—Una cristiana. 5 pesetas.
Tomo 19.—Al pie de la torre Eiffel y por Francia y por Alemania. (Agotada.)
Tomo 20.—Un destripador de antaño. Historias y cuentos regionales. 3,50 pesetas.
Tomo 21.—Cuarenta días en la Exposición. 3,50 pesetas.
Tomo 22.—La prueba. 5 pesetas.
Tomo 23.—En tranvía. 3,50 pesetas.
Tomo 24.—De siglo a siglo (1896-1901). (Agotada.)
Tomo 25.—Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la Patria. Cuentos antiguos. 5 pesetas.
Tomo 26.—Por la Europa católica. (Agotada)
Tomos 27 y 28.—Estos dos volúmenes comprenden la obra universalmente célebre *San Francisco de Asís*. Precio de cada tomo, 4,50 pesetas.
Tomo 29.—La quimera. 5 pesetas.

Tomo 30.—Un viaje de novios. 5 pesetas.
Tomo 31.—El fondo del alma. (Agotada.)
Tomo 32.—Retratos y apuntes literarios. (Agotada.)
Tomo 33.—La revolución y la novela en Rusia. 1,50 pesetas.
Tomo 34.—Mi romería. 2 pesetas.
Tomo 35.—Teatro. (Agotada.)
Tomo 36.—Sud-exprés. Cuentos actuales. 6 pesetas.
Tomo 37.—La literatura francesa moderna. I El romanticismo. 4 pesetas.
Tomo 38.—Dulce dueño. Novela mística. 3,50 pesetas.
Tomo 39.—La literatura francesa moderna. II La transición. 4 pesetas.
Tomo 40.—Belcebú. Novelas cortas. 3,50 pesetas.
Tomo 41.—La literatura francesa moderna. III El naturalismo. 4 pesetas.
Tomo 42.—La sirena negra. Novela. 3,50 pesetas.
Tomo 43.—El lirismo en la poesía francesa. Obra póstuma. 8 pesetas.
Tomo 44.—Cuentos de la tierra. Obra póstuma. 5 pesetas.
La cocina española antigua. 3,50 pesetas.
La cocina española moderna. 3,50 pesetas.
Cuentos trágicos. En tela. 3,50 pesetas.
Cuadros religiosos. Un lujoso volumen en 4.º. 10 pesetas.

Ramón Pérez de Ayala.

(OBRAS COMPLETAS)

I.—La paz del sendero. Poemas. 5 pesetas.
II.—Bajo el signo de Artemisa. Novelas. 5 pesetas.
III.—Tinieblas en las cumbres. Novela. 5 pesetas.
IV.—A. M. D. G. La vida en un colegio de jesuítas. Novela. 5 pesetas.
V.—La pata de la raposa. Novela. 5 pesetas.
VI.—Troteras y danzaderas. Novela. 5 ptas.
VII.—El sendero innumerable. Poemas. 5 pesetas.
VIII.—Prometeo. — Luz de domingo. — La caída de los Limones. Tres novelas poemáticas. 5 pesetas.
IX.—Hermann, encadenado. El libro del Espíritu y del Arte italianos. 5 pesetas.
X.—Las máscaras. Tomo I. Ensayos de crítica teatral sobre Galdós, Benavente, Linares Rivas, Los Quintero, Arniches, etc. 5 pesetas.
XI.—Las máscaras. Tomo II. Ensayos de crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakespeare, Ibsen, Oscar Wilde, etc., etc. 5 pesetas.
XII.—Política y toros. Ensayos. Maura, Romanones, Vicente Pastor, El Gallo, Belmonte, Joselito, etc., etc. 5 pesetas.
XIII.—Belarmino y Apolonio. Novela. 5 pesetas.
XIV.—El sendero andante. Poemas. 5 pesetas.
XV.—Luna de miel, luna de hiel. Novela. 5 pesetas.

XVI.—Los trabajos de Urbano y Simona. Novela. Continuación de Luna de miel, luna de hiel. 5 pesetas.

XVII.—El ombligo del mundo. Novelas. 5 pesetas.

XVIII.—Tigre Juan. Novela premiada con el primer premio del Premio Nacional de Literatura. 5 pesetas.

XIX.—El curandero de su honra. Novela. Segunda parte de Tigre Juan. Premiada con el primer premio del Premio Nacional de Literatura. 5 pesetas.

Antonio Sacristán.

Comercio y comerciantes. 5 pesetas.

Teorías de Contabilidad general y de Administración privada. 14 pesetas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

LS
P 1536a

237951
Author Palacio Valdés, Armando
Title A cara o cruz, novela.